

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA MUJER PLACENTINA DURANTE LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

JOSÉ-ANTONIO SÁNCHEZ DE LA CALLE

Es poco, por no decir inexistente, lo escrito acerca de la mujer en el siglo XIX en la ciudad del Jerte. Este trabajo, como su título reza, no pretende ser más que una mera aproximación a lo que supuso el elemento femenino, en dicho siglo. Esperemos que, en el futuro, otros autores se acerquen de una forma más concreta al tema que nos ocupa en estos momentos. Y, si, en este sentido, las líneas que siguen constituyen una base de partida para la elaboración de posteriores estudios, uno de nuestros objetivos perseguidos se habrá logrado.

Las fuentes de las que se ha extraído la información necesaria para la elaboración de este documento proceden, en primer lugar, del Archivo Municipal de Plasencia. En él se encuentra una fuente que, bien estudiada, puede proporcionar una amplia visión de la historia del núcleo objeto de estudio. Se trata de las llamadas Actas Capitulares en un primer momento, (hasta las dos primeras décadas del siglo pasado) y Actas de Sesiones del Ayuntamiento a partir de entonces. En ellas se plasman todos los hechos más destacados y significativos que se desarrollan en la ciudad del Jerte. La existencia de una buena cantidad de actas anuales facilita el estudio seriado de los hechos históricos acaecidos.

Junto a este tipo de fuente merece la pena hacer referencia a otra de diferente procedencia, pero no por ello desdeñable. Se trata de prensa local. Dicha prensa se encuentra archivada en la Hemeroteca Municipal de Cáceres y también en la Hemeroteca Municipal de Madrid. De ambos lugares se ha extraído la información pertinente y, si, se ha podido disponer de antiguos periódicos como *El Cantón Extremeño*, *El Extremeño*, *La voz de Plasencia*, *El Látigo*, *El Noticiero*, *El Centinela*, *La Crónica de Plasencia*, *El Dardo* y *El Regional*, amén de otros que, si bien no se han utilizado para este trabajo, están igualmente en estas hemerotecas: *El Faro de Extremadura*, *Ave de Paso*, *El Tío Lilailas*, *La Aurora*, *Plasencia Artística*, *Los Neos sin Careta*, etc. Estos periódicos presentan series más o menos completas, aunque en algunos años no existen ejemplares para cubrir la información (si bien dichos períodos son escasos).

La prensa local, al igual que las Actas de Sesiones del Ayuntamiento, informa de los principales problemas que aquejaban a la ciudad. Pero, tenía la ventaja sobre aquella de profundizar más en la noticia y convertirla en un artículo de, en ocasiones, varias columnas: mientras, lo escrito en las Actas se limitaba a una mención breve, escueta, aséptica y desprovista de todo comentario. Asimismo, en el periódico aparecían noticias que, por su escasa trascendencia municipal no se reflejaban en las Actas. Se puede decir, por lo tanto, que la prensa completaba, en un plano más concreto, los hechos ocurridos en el municipio.

Por último, existe otra fuente localizada en la Biblioteca del Ministerio des Trabajo y Seguridad Social (Madrid) que lleva por título *Reformas Sociales: Información oral y escrita practicada por la Comisión de Reformas sociales en las Provincias de Alicante, Avila, Badajoz, Burgos y Cáceres*. En dicho informe hay varios apartados, de los cuales el más interesante hace referencia a la Memoria de la Comisión en la que se pone de manifiesto el estado general de la sociedad placentina a finales de siglo, haciendo especial hincapié en el modo de vida de las clases bajas placentinas (salarios, alimentación, vestidos, viviendas, condiciones de trabajo, costumbres, vicios, etc.).

Pues bien, una vez puestas de manifiesto las fuentes con las que se cuenta para aproximarse al tema des la mujer en la ciudad, podemos pasar al estudio del mismo.

En este sentido hemos creído conveniente establecer unas categorías sociales para, posteriormente, entrar en el análisis de cada una de ellas. A tal fin, y en función de las fuentes, el elemento, femenino placentino se ha dividido en tres grupos: clase social alta, media y baja.

Dentro de la clase social más elevada estarían las mujeres de los títulos nobiliarios, caso de las esposas de los sucesivos Marqueses de Mirabel, Marqués de Cerralbo, Duque de Horsch, Inés García de Varga, etc. A continuación vendrían las esposas de la oligarquía placentina: cónyuges de Correidores, algunos Regidores potentados, Alcaldes, Presidentes y, en general, las personas catalogadas por las Actas de Sesiones como "más pudientes de la ciudad". Por su parte, la clase media incluiría a las mujeres de algunos Regidores, Tenientes de Alcalde, Concejales, Prioras y Superiores de los establecimientos asistenciales, benéficos y educacionales: esposas de los funcionarios (administradores de rentas, suministradores, delegados locales, policía, oficiales del ejército, etc.), arrendatarios de los diversos derechos municipales, escribanos, empleados municipales, señoras integrantes de la Conferencia de San Vicente de Paúl, Damas de la Caridad (organismo surgido como una ramificación de la Junta de Caridad y Beneficencia) y el clero femenino. Téngase presente que estas religiosas constituían una proporción nada desdeñable desde un punto de vista cuantitativo y social. Religiosas eran las encargadas de organizar y administrar la Casa Cuna, el Hospicio, el Hospital, el Asilo y algunos colegios como el de San José aparte de aquellas otras que vivían en los múltiples conventos de la ciudad. Por último, podría también tener cabida dentro de esta clase media, un tipo de mujer que obtenía, en función de sus elevadas ganancia, una buena remuneración y era conocida popularmente como la "revendedora", es decir, persona que se dedicaban a ejercer como intermediarias en la venta de productos, logrando con ello un poder adquisitivo que les permitía, incluso, constituirse en prestamistas.

Los dos grupos sociales anteriormente expuestos se caracterizan por no aparecer apenas mencionados en las fuentes citadas. Concretamente, la alta sociedad femenina no es nombrada casi nunca en las Actas de Sesiones. Tan sólo algunas veces se habla de ellas para poner de manifiesto o hacer valer algún derecho que poseen por tradición. Este fue el caso de Doña Inés García de Vargas, quién, ante el intento de alojar en su casa a un número de oficiales de alta graduación que, con su tropa transitaban por la ciudad, se negó a darles aposento alegando estar revestida de fuero militar y, por lo tanto, rechazaba dicho alojamiento forzoso (Archivo Municipal de Plasencia, 1828). Junto a este tipo de actuaciones destacan otras de cuño filantrópico, aunque escasas en el tiempo, relacionadas con las grandes crisis que periódicamente se abatían sobre Plasencia. Era en esos momentos cuando la caridad de estos personajes se ejercía sobre los desgraciados.

Las noticias que se tienen de las féminas integradas en la clase media son, así mismo, muy escasas y, prácticamente, todas relacionadas también con la caridad. Este era el caso de las señoras de la

Conferencia de San Vicente de Paúl, las Damas de la Caridad y de las incluídas en comunidades religiosas, si bien estas últimas desarrollaban su filantropía por motivos religiosos en forma de ayuda material a enfermos, ancianos, niños y criaturas recién nacidas. Ahora bien, estas mujeres estaban siempre supeditadas a un elemento masculino (ya fuera el Director General en el caso de Colegios, Administrador en el caso del Hospicio y Casa Cuna) o bien un Patronato (cuya junta se componía exclusivamente de hombres) en el caso de las Juntas de Caridad y Beneficencia. Por lo tanto , su capacidad de decisión tenía unos límites marcados por la superioridad, a la que debían obediencia. En este sentido, el comportamiento de las revendedoras era diferente.

En efecto, aquellas mujeres que se dedicaban a comprar barato y vender caro, fundamentalmente en momentos de crisis (y todo el siglo XIX en Plasencia se comportó con los habitantes como un siglo crítico) tenían una libertad e independencia muy superiores a las otras integrantes del grupo social a que pertenecían. Su actuación estaba limitada únicamente por el libre juego de la oferta y la demanda, así como por la paciencia de los compradores. En este sentido se pueden comprobar en las Actas de Sesiones del Ayuntamiento las constantes quejas del público con ocasión del subido precio de los artículos de primera necesidad.

"... incrementando todavía más por la acción de las acaparadoras ..." (A.M.P. *Actas de Sesiones*, 26 de agosto de 1844).

Pero sus ganancias no se limitaban a la especulación ya que también eran descubiertas, a menudo, con imperfecciones en el peso (Archivo Municipal de Plasencia, 1844). Por todo ello existe una diferencia de este tipo de mujeres con respecto a las otras de la clase media. Las unas trabajaban en una orden religiosa, por un afán de filantropía o bien no trabajaban, mientras las otras lo hacían guiadas por el mero afán de lucro, obteniendo unos pingues beneficios que les permitía clasificarse como clase media sin otra dependencia que la de su marido.

Por último, queda la clase baja. En ella se englobaría entre el 80-90% del elemento femenino y aquí tendrían cabida la inmensa mayoría de las viudas, las esposas de los jornaleros, obreros, labriegos, albañiles carpinteros, zapateros, etc, (así como el escaso número de ellas que desempeñaban tales oficios)¹. También se clasificarían como tal las maestras, las mendigas y las prostitutas.

De todas ellas, el grupo que tal vez pasaba más necesidades estaba constituido por las viudas y mendigas. Muy frecuentemente se tendía a identificar a una y otra. Y es que, en el siglo XIX, la muerte del marido (que era el que generalmente traía el jornal a casa), propiciaba el empobrecimiento de la familia, en general, y de la viuda, en particular. A la mujer no le quedaba, entonces, otra solución que casarse de nuevo, cosa poco probable dada la escasez de viudos con una edad cercana a la suya, así como la imposibilidad de obtener nueva dote: ponerse a trabajar, también inviable ante la existencia de hijos pequeños que cuidar o el desconocimiento de otro trabajo que no fueran las "las labores del hogar" o, por fin, ponerse a pedir. Y como prueba de ello, en las Actas de Sesiones del

¹ En este sentido hay que decir que, en las primeras décadas del siglo XIX el número de mujeres que trabajaban era muy reducido. sin embargo, las constantes crisis que a lo largo de dicho siglo se hicieron presente en la ciudad indujeron a que la proporción fuera en aumento. De esta forma, a finales del siglo pasado, un estudio de las listas de los vecinos incluídos en la Beneficencia Municipal pone de manifiesto que entre el 20 y el 30% de los anotados eran mujeres cuyos nombres iban acompañados del oficio que desempeñaban. De ellas, prácticamente las 3/4 partes estaban catalogadas como jornaleras, labradoras y hortelanas. Cf. ARCHIVO PROVINCIAL DE CACERES. Legado Vicente Paredes. Legajo nº 3.

siglo decimonónico son constantes las peticiones de ayuda de estos amplios colectivos que solicitaban de la Corporación: a) exoneración de impuestos, b) condonación de los intereses de censos que tenían que pagar, c) que se las considerara como medio vecino a la hora de abonar la contribución, d) dinero para trasladarse a otras zonas provinciales o regionales con sus hijos, e) alojamiento en el Asilo de mendicidad, f) escuela gratis para sus hijos, g) exclusión de la escala gradual (gravamen o impuesto de la década de 1830-1840), h) leche por cuenta del Ayuntamiento y por último, que al morir su marido, incluido en la Beneficencia Municipal, la viuda correspondiente pudiera seguir disfrutando de las ventajas de médico y medicinas gratis².

Las autoridades municipales se comportaron de manera variable respecto a este gran colectivo. En general les ayudaban económicamente cuando la situación de las arcas se lo permitía. Sin embargo, en tiempo de crisis fueron numerosas las ocasiones en que se les negó la ayuda. En estos casos a las afectadas no les quedaba más remedio que pedir por las calles y convertirse en "mendigas harapientas", emigrar de la ciudad o bien otras soluciones más drásticas. Durante la crisis de 1857, 1868 y 1898-99 fueron numerosos los suicidios de estas mujeres³.

Otro grupo de féminas incluido en la clase baja era la de maestras y, aunque su situación económica era más optimista que la de las anteriores, esto no significaba que pudiera catalogarse fuera de la clase mencionada. El sueldo que ganaban a mediados de siglo era de 3-4 reales diarios, es decir, comparables al jornal de un obrero, por lo tanto muy escaso, si bien es cierto que el Ayuntamiento le cedía algunos menajes para la casa. Durante toda su vida laboral tenían que trabajar con un crecido número de niñas. De hecho, ahí están las constantes quejas de las enseñantes en relación al elevado número de alumnas a las que tenían que atender (entre 50 y 70 por clase). En algunos casos, es decir, cuando existía dinero para ello, se les colocaba una pasante (especie de ayudante), pero lo normal es que fueran ellas solas la que se ocuparan de todo el trabajo. Por otra parte, las condiciones de habitabilidad de la escuela (que era también su propia casa), se caracterizaban por ser realmente desastrosas. La falta de cristales en las ventanas, la humedad, la carencia de escusados y la falta de higiene generalizada contribuían a que la enfermedad hiciera mella en sus organismos, inhabilitándolas para la docencia. Y, claro está, si no trabajaban no cobraban. En este sentido son varios los casos de maestras que con escasa edad, solas, viudas, enfermas, envejecidas prematuramente, se

² Las numerosas peticiones de este amplio colectivo de viudas efectuaba al Ayuntamiento ha sido extraído de un considerable número de Actas de Sesiones del Ayuntamiento placentino. Sería imposible plasmar aquí ese elevado contingente de documentación. Por ello nos remitimos, para cada ejemplo, a un acta típica. Estas son, por orden de peticiones, según el texto, las sesiones. Cf. A.M.P. Véanse Actas de Sesiones correspondientes a los siguientes días: 2 de abril de 1829 para la exoneración de impuestos, 16 de septiembre de 1830 para el perdón de intereses de los censos, actas de varios días y meses de 1833, 24 de febrero de 1845 para la petición de dinero y poder, así, trasladarse fuera de la ciudad, cualquiera de las sesiones de 1858 para las solicitudes de escuela gratis para los hijos de viudas, diciembre de 1838 para la exclusión de la escala gradual, 14 de abril de 1888 para la concesión de leche gratis y, por último, octubre de 1889 para que las viudas pudieran seguir disfrutando de las ventajas de pertenecer a la Beneficencia Municipal cuando su marido hubiese muerto.

³ Efectivamente, tanto la prensa local como las Actas de Sesiones del Ayuntamiento, ponen de manifiesto este tipo de actuación. Buen número de mujeres que se quitan la vida (ahorcamiento, asfixia, lanzamiento al río desde algún puente), son viudas. Esto se puede comprobar también por los Registros Parroquiales pues junto al nombre y la fecha de defunción aparecía también la denominación del estado civil de las mismas. Es también un hecho comprobado que los suicidios arreciaban en épocas de crisis, posiblemente ante las perspectivas tan sombrías que les deparaba el futuro a unos seres que se encontraban desvalidos y sin posibilidad de enderezar su situación si no era gracias a la caridad ajena.

dedicaban a pedir limosna como auténticas pordioseras⁴. Es curioso, por el contrario, que esta dinámica no se diera en los maestros, por lo que es de suponer que ellos tendrían una mayor versatilidad laboral que las mujeres, una vez que terminaban el período docente.

Las nodrizas era otro de los grupos sociales bajos. Dichas mujeres existían por cuanto en la ciudad había una Casa Cuna y un Hospicio. Y, ante la imposibilidad manifiesta de atender en dichos establecimientos al crecido número de expósitos recogidos en toda la zona norte del Tajo se hacía imprescindible echar una mano de estas mujeres que se dedicaban a amamantar a las criaturas por un sueldo diario. Es de creer que la necesidad sería el motor principal para tomar "a crianza" los niños/as ajenos. Y, efectivamente, así debió ser ya que en cuanto la Diputación Provincial (organismo del que dependían los establecimientos benéficos citados) dejaba de abonar a las nodrizas su sueldo, éstas alegaban inmediatamente su urgente necesidad, miseria, pobreza y falta de medios con que sacar adelante a las criaturas que amamantaban. Durante todo el siglo analizado, pero sobre todo en los momentos de marcada crisis económica en la ciudad, los haberes de estas mujeres fueron abonados con tardanza, lo que provocó en algunas coasiones la amenaza por parte de las mismas de devolver a los niños a la Casa Cuna o bien, en el peor de los casos, dejarlos morir de hambre.

"...pues que no reciben su salario no pueden comer ellas y, por tanto tampoco las infelices criaturas..."⁵.

Este colectivo se componía, sobre todo, de esposas de jornaleros, cuyo poder adquisitivo estaba entre los más bajos de las diferentes categorías laborales.

Las criadas constituían un grupo más reducido, y en general, mejor considerado que los anteriores, pues aunque su sueldo era también escaso, vivían la mayor parte de la jornada en casa de la familia en la que servían. Por lo tanto, allí comían y estaban abrigadas de las inclemencias del tiempo. Claro está que tampoco se encontraban exentas de riesgos y, a menudo, ocurría que a una de ellas barriendo la cocina, encendiendo el brasero o por cualquier otra eventualidad se le prendía fuego la ropa y, o bien quedaba inútil de por vida (engrosando con ello la larga lista de pobres y mendigas) o, en el peor de los casos moría abrasada. También era frecuente que al encender el quinqué se produjera dicha abrasión (*El Dardo*, 1900)

Otro grupo que tenía su ámbito de acción en las cercanías de la puerta del Sol eran las prostitutas. En efecto, estas pobres mujeres cuya corrupción se debía

⁴En relación con el tema de las maestras empobrecidas, el 17 de junio de 1839 se podía leer en las Actas de Sesiones que la Corporación "...vio una solicitud de Manuela Corrales en la que pide una limosna pues dedicada siempre a la instrucción pública de niños, hoy no puede por efecto de su ancianidad, viviendo de las limosnas que almas caritativas la lporporcionan...". Una vez enterado el Ayuntamiento del problema acordó "...que habiéndola socorrido no hace mucho tiempo, no ha lugar hoy a lo que pide...", es decir, que no era la primera vez que la antigua maestra se dirigía a las autoridades municipales para solicitar de ellas ayuda; independientemente de que, como ella exponía, vivía de la caridad ajena. No eran infrecuentes, a lo largo del XIX, este tipo de peticiones por parte de estas docentes. Cf. A.M.P. *Actas de Sesiones*. Sesión de junio de 1839.

⁵ En lrelación con el tema de las nodrizas y la falta de pago puntual a las mismas por la Diputación Provincial véanse los siguientes periódicos: *El Cantón Extremeño*. núm. 77 del 17 de marzo de 1872; *El Extremeño*. núm. 14 del 25 de enero de 1880 y *El Dardo* núm. 54 del 1 de jullio de 1900. Asimismo pueden verse también múltiples *Actas de Sesiones de la Junta de Caridad y Beneficencia*. Cf. HEMEROTECA MUNICIPAL DE MADRID Y A.M.P.

"...o por perversidad versidad de costumbres, indigencia o seducción." (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986: 496-557)

se dedicaban a ejercer su oficio en las inmediaciones de la citada puerta. La falta de higiene inherente al período cronológico tratado provocaba la aparición de variadas enfermedades en sus organismos. Era entonces cuando trataban de ingresar en el Hospital para su curación. Sin embargo, la existencia de unos estatutos rigurosos les impedía tal acción y la mayor parte de las veces eran remitidas al Hospital de la Merced o al de las Llagas. Únicamente a finales del siglo se les permitió el ingreso en el Hospital de Santa María

"...por el mucho peligro que encierra la transmisión de su enfermedad a los habitantes de la ciudad..." (Archivo Municipal de Plasencia, 1889)

La evolución en el tiempo determinó una toma de conciencia social del problema por parte de las autoridades provinciales y locales. A partir del último tercio del siglo pasado el Gobernador Civil de Cáceres envió una serie de comunicaciones al Ayuntamiento placentino para que los locales conocidos como "casas de lenocinio" fueran inspeccionadas periódicamente. Asimismo, se procuró que todas las prostitutas estuvieran inscritas en un "registro de higiene" que las daba derecho a un examen médico (si bien bastante superficial) y a la posibilidad de que, en caso de contraer una enfermedad de transmisión sexual, fueran debidamente atendidas en el Hospital de Santa María. Se daba, de esta forma, una contradicción flagrante entre la permisividad de las autoridades en cuanto a la existencia de las citadas casas y la actividad desarrollada en las mismas, y las múltiples detenciones de sus inquilinas.

"...por exhibirse y practicar la amoralidad de costumbres en las zonas colindantes a la puerta del Sol..." (*El Dardo*, 1899)

Huelga decir que la miseria, depauperación y elevada mortalidad temprana eran las notas características de este colectivo femenino.

En último lugar, y, por supuesto, también dentro del grupo social bajo, estaría el enorme segmento de población constituido por las mujeres de los jornaleros, obreros, labriegos, albañiles, carpinteros, etc. Ellas, al igual que sus maridos, representaban al elemento proletario de la sociedad placentina y su número debía de ser elevado. Téngase presente que, como término medio a lo largo del siglo XIX, entre el 70 y el 80% del sector productivo estaba constituido únicamente por jornaleros.

Varias características poseen las mujeres integrantes de este amplio colectivo. Una de ellas es la marginación del mundo del trabajo. En efecto, la mayoría de ellas se dedicaban al cuidado de la casa y de los hijos (de ahí que al enviudar se encontraran sin medios para obtener un sueldo trabajando). La propia Comisión de Reformas Sociales, a finales de la década de 1880-1890, así lo ponía de manifiesto al afirmar que

"El trabajo de la mujer es el de su casa (...) el propio hogar doméstico y cuidado de la familia; si desempeña alguno no relacionado con estas obligaciones, se reduce a las labores de su sexo, que confeccionan para la venta, y más frecuentemente para atender a encargos que reciben" (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986: 536-537).

Fuera de su domicilio trabajaban también algunas, ya en labores del campo, que era lo más común, o bien en diversas "industrias", como en sombrererías, talleres de modistas, etc. Asimismo, hacían de costureras en las casas particulares.

Como puede verse por lo anteriormente expuesto, la amplitud de la gama laboral era más bien reducida y el trabajo servía para obtener un sueldo que funcionaba como pequeño complemento del jornal masculino. De dichos trabajos el más extendido era el de las faenas del campo. Las dedicadas a él

"...lo verificaban en las mismas condiciones que los hombres y expuestas a iguales influencias climatológicas, siendo su jornada de la misma duración o más, porque no disfrutaban de los ratos de descanso de aquellos"⁶

Y, si la jornada era la misma o mayor que la de sus maridos, existía otro elemento segregador: el sueldo. En efecto, mientras los hombres cobraban de jornal entre 1'25 y 1'50 pesetas en el último tercio del XIX, las mujeres que realizaban el mismo trabajo lo hacía en cantidades que oscilaban entre los 60 y 75 céntimos al día. Así lo afirmaba la Comisión al elevar a difinitivas sus conclusiones:

"El trabajo de la mujer se retribuye con la mitad que el del hombre, aunque sea análogo" (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986: 537)

Así pues, en esto puede apreciarse la diferente concepción de mentalidad de la sociedad placentina en relación al trabajo de la mujer. Y también la marginación a que se la somete al no considerarla digna de ganar el mismo sueldo que el de los hombres. Esto era una tendencia generalizada en la provincia, la región y el país, pero es importante ponerlo aquí de manifiesto para trazar las líneas directrices de la caracterización de la mujer placentina en el XIX.

⁶ La propia Comisión extrajo de sus interrogatorios unas conclusiones con respecto a las horas de trabajo de los hombres. En Plasencia se conocía un jornal llamado de sol a sol y otro "a las horas". En el primero se trabajaba, como su nombre indica, desde que salía el sol hasta que se ponía, pero con el intermedio de una hora para el almuerzo. A ello había que añadir "*...dos cigarros de descanso por la mañana de quince minutos cada uno, la comida del mediodía, en que emplean dos horas y otros dos ratos por la tarde, también de quince minutos...*". El jornal de las horas comenzaba en todas las estaciones del año a las nueve de la mañana y en él no había almuerzo, mientras que para la comida sólo se concedía una hora "*...pero disfruta por la mañana y por la tarde de los mismos ratos de descanso referidos y concluye siempre antes de ponerse el sol...*". Se concluía el informe diciendo que el obrero tenía, además, desde el 15 de marzo en adelante, media hora para tomar algún alimento "*...por lo que se llama meriendilla...*". Pues bien, de todo lo anteriormente expuesto, la mujer no disfrutaba en igual medida. Cf. *Ibid.* pp. 535-536.

Nos encontramos, pues, con un modelo de mujer que trabaja por partida doble: en su casa, con su familia y sus hijos y fuera de ella. Ahora bien, debe quedar bien claro que esta ambivalencia laboral venía dada por la perentoria necesidad de agregar fondos al erario familiar. Téngase presente que, de los doce meses que componía el año agrícola, los jornaleros, braceros y labriegos (no propietarios de tierras), permanecían inactivos entre 4 y 5 por las inclemencias del tiempo y la falta de trabajo. Por eso,

"...sólo la necesidad la impulsaaba a buscar el trabajo fuera del hogar, no (por) el deseo de aumentar el haber de la familia, cuyo seno es de tanta importancia su presencia" (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986: 536-537)

La razón de este trabajo, por tanto, reside en la necesidad, no en una "liberación" de las faenas domésticas o cambio ideológico que la llevará a otros espacios laborales. En este sentido, debe recordarse que Extremadura, en general, y Plasencia, en particular, se encontraron a lo largo del siglo XIX en múltiples situaciones críticas que impidieron su modernización y la salida de un atraso secular y, por tanto, la actualización de las estructuras socioeconómicas, lo que hubiera producido, en última instancia, el cambio de mentalidad en una sociedad, la placentina, tradicionalmente conservadora en cuanto a la mujer se refiere.

Y, junto a la marginación y segregación laboral, otro elemento que nos define a la mujer placentina decimonónica: el mal trato recibido por parte de sus maridos. Esto no significa que fuera una norma común en todos los matrimonios de la ciudad. Pero es significativo al respecto que en infinidad de Actas de Sesiones, en múltiples periódicos locales e incluso en las conclusiones de la Comisión de Reformas Sociales de fines de siglo se encuentren referencias a malos tratos recibidos por mujeres. En las primeras décadas del XIX, con una población que apenas rebasaba los 4.500 habitantes, las palizas que los maridos propinaban a sus mujeres eran del dominio público y llegaban a oídos del propio Ayuntamiento quien se encargaba de mediar en el asunto frecuentemente por medio de una ligera amonestación al culpable o, en el peor de los casos una pequeña multa. En algunas ocasiones, el propio agresor formaba parte de la plantilla del Ayuntamiento y entonces se le amenazaba con la pérdida de su puesto pero ello, claro está, era más testimonial que eficaz a la hora de ser llevado a cabo ya que el paro afectaría también a la familia del agresor⁷.

A lo largo del segundo tercio del siglo pasado continuaron apareciendo este tipo de noticias, y lo mismo se puede decir de las últimas décadas. En la prensa del momento (La Voz de Plasencia) aparecen con cierta asiduidad noticias como la de que

⁷ El 16 de enero de 1814 la mujer de Miguel Burgueño "... al desamparo y escandaloso descuido que ha hecho éste de ella constituyendola en la mayor infelicidad ..." denunciaba ante el Ayuntamiento los malos tratos que continuamente recibía de su marido. La Corporación emplazaba "... al citado Burgueño haciéndole entender venga a cumplir con sus deberes o de disposición de socorro a su infeliz mujer y tres niños de cortísima edad miserable y desamparados ..." A.M.P. Actas de Sesiones. Sesión del 14 de enero de 1814. Casi un medio siglo más tarde este tipo de actuaciones siguen produciéndose. Concretamente el 8 de junio de 1851 el presidente del Ayuntamiento placentino manifestó "... que por la mujer del peón público se le han producido varias quejas de que su marido está mal en retenido y tiene trato ilícito con cierta persona de esta ciudad; que con semejante motivo le había llamado paara reconvenirle y hasta le había amenazado que de no corregirse se le separaría del destino pero nada ha bastado (...). Diariamente se suscitan alborotos con su mujer en los que se ofende la moral pública ...". Cf. A.M.P. Actas de Sesiones. Sesión del 8 de Junio de 1851.

"... en el Hospital de Santa María fue atendida (...) la mujer de (...) que ingresó toda ensangrentada a consecuencia de la fuerte paliza propinada por su cónyuge. Los vecinos nos comentaron que no había sido la primera vez que este hecho ocurría ..." (*La voz de Plasencia*, 1883).

La mayor parte de las veces estas agresiones quedaban sin castigo alguno ya que se consideraba, como afirmaba un periódico de la época.

"... natural que el marido enseñe modales (...) y a comportarse a su mujer (...) pues para ello le da derecho el matrimonio ..." (*El Centinela*, 1889)

Incluso cuando éste fracasaba y se producía la separación (cosa que debía ocurrir con una relativa frecuencia pues en una carta del prelado Casas y Souto así lo pone de manifiesto), el ex marido, aunque viviera con otra mujer, se creía con derecho suficiente para impedir que su ex cónyuge se relacionara con otros hombres. De esta forma, tras varias agresiones un individuo acabó asesinando a su mujer por dicho motivo (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986: 529)

Y es que nuevamente la pobreza y la pertenencia a una clase social baja se constituían como los causantes de las citadas situaciones anteriormente mencionadas.

" Las relaciones entre los cónyuges obreros – afirmaba la Comisión de Reformas Sociales – no alcanzan de ordinario la dulzura y suavidad que entre las personas acomodadas pues esto depende de la educación y hábitos más bien que del abandono en el cumplimiento de sus deberes".

En efecto, la penuria de su situación contribuía también a enconar los ánimos y a encender la discordia, originándose con frecuencia la separación, a la cual rara vez llegaban las clases ricas, menos expuestas al choque de caracteres

"... porque disimulan más y dan, gracias a su posición, escasa importancia a lo que es entre los pobres poderoso motivo de disensión ..." (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986: 528–529)

Podría hablarse, asimismo, de otras agresiones a la mujer, como las violaciones o los intentos de agresión sexual que quedaban impunes. Sin embargo, en este tema, las que llevaron la peor parte fueron las adolescentes ya que entre las mujeres maduras se dieron pocos casos⁸. Además, curiosamente, estas cuestiones no fueron tocadas prácticamente por las reuniones del Ayuntamiento. En

⁸ Entre estos hechos destaca el ocurrido en marzo de 1855 cuando uno de los presos de la cárcel acusó al alcaide de la misma de ser el autor material de la violación de su mujer. El asunto trascendió en una sesión ordinaria del ayuntamiento y, aunque el preso aseguraba que el agresor lo había hecho por una venganza contra el condenado lo cierto es que se echó tierra sobre el asunto y nunca se llegó a saber si la violación había tenido lugar realmente o no. Cf. A.M.P. *Actas de Sesiones*. Sesión de 2 de marzo de 1855.

cambio, la prensa sí que se encargó de intentar esclarecer tan espinosos asuntos. Desde la violación de una niña de 9 años por un presbítero de Bejar, pasando por los intentos de violación a una joven tras la celebración de una novena y el descubrimiento de una red de prostitución infantil montada por una mujer anciana (Archivo Municipal de Plasencia, 1900). En estos, como en el resto de los otros casos, la justicia se abstuvo de tomar cartas en el asunto y nunca se llegó a probar la culpabilidad de los encausados. Pero el mal, según la prensa, quedó hecho y varias familias que recibieron el daño tuvieron que trasladarse fuera de la ciudad para evitar problemas sociales.

Como puede verse por lo expuesto hasta ahora, la mujer placentina de la clase baja en el siglo XIX era un ser desprovisto de protección jurídica. Y, aunque en teoría la tuviera, en la práctica no se ejercía. La sociedad consideraba que el estado perfecto de la misma era el de religiosa (con lo cual pasaba a depender de la superiora y de Dios) o bien casada, dependiendo en este caso de su marido, el cual podía tratarla como quisiera ya que el marido era el rector del matrimonio. Puede hablarse entonces de una mujer sacrificada, que además de sacar adelante el hogar y hacerse cargo de sus hijos, debía de ponerse a trabajar fuera en multitud de ocasiones para poder obtener dinero suficiente y sobrevivir. En un mundo en el que se casaban a temprana edad (22-24 años), la mujer se debía a su marido el cual se convertía en dueño y señor de la misma, perdiendo el sexo "débil" todos los derechos y enfrascándose en una vida de trabajo doméstico y extradoméstico llevada por la necesidad. La llegada de los múltiples hijos (no existía entonces el control voluntario de la natalidad) ⁹, la ataba todavía más y si conseguía sobrevivir a los variados riesgos de los partos, esto significaba un aumento de trabajo para poder saciar los estómagos de sus retoños. A ello habría que añadir la presencia siempre constante de la posibilidad de enviudar, lo que agravaba aún más la situación ya que una viuda era, en aquellos tiempos sinónimo de mendiga, pobre o pordiosera.

Así pues, la inmensa mayoría de noticias que encontramos en las fuentes consultadas y que hacen referencia a la mujer nos ponen en relación con una idea de mujer sin mentalidad propia. O mejor dicho, su mentalidad era la del trabajo constante para sacar adelante a su familia. No puede hablarse en este caso de evolución en la mentalidad de las féminas placentinas. Antes bien, al contrario, se constata una inmovilidad y estabilización de la misma. No existen ideas innovadoras al respecto. El único progreso que se nota está en el campo del hombre que, unido en sindicatos comienza a lograr pequeños avances. De la mujer, nada.

A lo largo de las tres primeras décadas del siglo siguiente la situación apenas cambió y sería necesario la llegada de la II República en 1931 para que comenzaran a apreciarse someras transformaciones. Sabido es que durante los períodos liberales la evolución de las ideas y mentalidades es más dinámica. Sin embargo, la Guerra Civil y las siguientes décadas franquistas acabaron con el liviano aperturismo de la época anterior. El nuevo régimen dictatorial terminaba de golpe con las libertades conseguidas por el elemento femenino en la década pasada. La existencia de organizaciones como la Sección Femenina y la concepción genérica del régimen de que el papel de la mujer estaba supeditado al hombre y que era un ser inferior al mismo hizo retroceder la mentalidad de la mujer a estadios ya olvidado. Como ejemplo pueden citarse algunas frases extraídas de manuales y escritos adoctrinadores de dicha Sección Femenina:

⁹ El control de natalidad comenzó a ejercerse en Plasencia hacia el primer tercio del siglo XX, a partir de mediados de la década 1910-1920 y se fue concretando más en la siguiente, 1920-1930. Por lo tanto, se puede decir que durante todo el siglo XIX la natalidad permaneció elevada en la ciudad de Plasencia, lo mismo que la fecundidad. Esta información ha sido extraída de la tesis doctoral en preparación que el autor SANCHEZ DE LA CALLE, J.A. está desarrollando y que será lesída en el presente año.

"... Nada de igualdad con el hombre, nada de pretender competir con él en los puestos de trabajo, en una lucha en la que llevan todas las de perder por su débil vigor físico y mental (...). No falta, desde luego, el talento creador, reservado por Dios para inteligencias varoniles; nosotras no podemos hacer nada más que interpretar mejor o peor lo que los hombres nos dan hecho ..." (Fraguas de Pablo, 1983 : 605)

Creemos que estas frases no necesitan de ningún comentario para entender lo que el régimen pretendía de la mujer española y, por ende, también extremeña y placentina.

Para que el cambio de mentalidad se lleve a cabo será necesario que una serie de factores se den cita: las migraciones de los años sesenta y setenta, el desarrollo de los transportes, la apertura democrática, la llegada de nuevos regímenes políticos, la revolución sexual, etc. Esto, en definitiva, va a propiciar la llamada "liberación de la mujer". Es a partir de entonces cuando podrá empezarse a hablar de verdadero cambio de la mentalidad en la mujer placentina ya que, hasta entonces, siguió, en mayor o menor medida, vigente el refrán de " la mujer en casa con la pata quebrada ".

En resumen, puede decirse que, a lo largo del siglo XIX en Plasencia, no se dio un fenómeno de emergencia femenina en ningún ámbito. Las diferentes clases sociales que componían el universo femenino permanecieron impasibles al paso del tiempo. Unas, la alta y media, dedicadas a actividades domésticas, filantrópicas y religiosas. Las otras, a actividades laborales intensivas en el hogar y fuera de él, acuciadas por la necesidad de complementar el jornal masculino, sin tiempo para la educación de los hijos (que por otra parte se dedicaban también con sus madres tempranamente al trabajo, impidiendo de este modo recibir una educación e imposibilitándoles para ascender de categoría laboral y estatus socioeconómico) y, lo que es más importante, sin ver reconocida su intensa labor. Por el contrario, muy a menudo el pago que recibieron se tradujo en malos tratos, marginación social, económica y agresiones sexuales. Delitos que, la mayor parte de las veces, quedaban impunes ante la ley, porque en la sociedad placentina (al igual que en la mayor parte de los ámbitos semirurales como el que nos ocupa) faltaba aún mucho tiempo para que la mujer fuera considerada en pie de igualdad con el hombre en todos los sentidos

BIBLIOGRAFÍA

FRAGUAS DE PABLO, A.

(1983): *Historia Forgesporánea*. Madrid.